

LIBRO TERCERO

EL ABUELO Y EL NIETO

!

UN ANTIGUO SALON

En los tiempos en que el señor Gillenormand habitaba en la calle de Servandoni, frecuentaba muchos salones y muy buenos de la alta nobleza. Aunque *bourgeois*, es decir, que pertenecía á la clase média, el señor Gillenormand era perfectamente recibido en ellos. Como poseia un doble talento, en primer lugar, el que él naturalmente tenía, y despues, el que le atribuian gratuitamente, era hasta solicitado con afan en la alta sociedad, donde se le festejaba y acariciaba al verle. Es verdad que él no iba á ninguna parte sino con la condicion de dominar. Hay gentes que, á

toda costa. aspiran á ejercer una influencia omnimoda, y que quieren que se ocupen de ellas: allí donde no pueden ser oráculos, adoptan el partido de convertirse en bufones. El señor Gillenormand no era de estas naturalezas; su ascendiente en los salones realistas adonde él concurría no costaba nunca sacrificio alguno al respeto que se debía á sí mismo. Era oráculo en todas partes. Sucédiale á veces el habérselas con M. de Bonald, y aún con M. Begguy-Puy-Vallée.

Allá por los años de 1817, solía pasar invariablemente dos tardes cada semana en una casa de su vecindad, calle de Feron, donde habitaba la señora baronesa de T., digna y respetable señora cuyo marido fué, en tiempo de Luis XVI, embajador de Francia en Berlin. El barón de T., que durante su vida fué apasionadamente dado á los éxtasis y á las visiones magnéticas, murió arruinado en la emigracion, dejando, por toda fortuna, en diez volúmenes manuscritos, encuadernados con tafete rojo y los cantos dorados, unas memorias curiosísimas sobre Mesmer y su famosa cubeta magnética. La señora de T. no había publicado las memorias por dignidad, y se sostenía de una rentita que había sobrenadado, no se sabe cómo. Vivía la señora de T. alejada de la corte, la cual calificaba ella de *gente muy mezclada*, en un aislamiento noble, altivo y pobre. Dos veces por semana se reunían algunos amigos en derredor de su lumbre de viuda, y esto solo constituía un salon realista puro. Tomaban el té y prorumpían, según que el viento estaba á la elegía ó al ditirambo, en gemidos ó gritos de horror sobre el siglo, sobre la Carta, sobre los buonapartistas, sobre la prostitucion del cordón azul conferido á simples *bourgeois* ó pecheros, sobre el jacobinismo de Luis XVIII; y en voz baja, se entretenían y alimentaban ciertas esperanzas que daba el Príncipe (Monsieur), que despues fué Carlos X.

Acogíanse allí con transportes de alegría ciertas cancio-

nes picarescas en las cuales se daba á Napoleon el nombre de *Nicolas*. Algunas señoras duquesas, las mujeres más delicadas y más bellas del mundo, se extasiaban al oír coplitas por el estilo de esta, dirigidas « á los federados: »

- » Recoged en vuestros calzoncillos
- » El faldón de la camisa que lleváis colgando:
- » No se diga que los patriotas
- » Han enarbolado bandera blanca!»

Divertíanse en hacer retruécanos (*calembours*) que creían terribles, en juegos de palabras inocentes, que suponían venenosos, cuartetos y aún dísticos: así, por ejemplo, sobre el ministerio Dessolles, gabinete moderado del cual formaban parte los señores Decazes y Deserre, decían esta chuscada:

- « Para consolidar el trono, conmovido en su base,
- » Es menester cambiar de suelo ¹, de invernadero ² y de casa ³.»

(Últimas palabras, que representan los nombres de aquellos ministros.)

Ó bien se entretenían en confeccionar y arreglar la lista de la Cámara de los pares, « Cámara abominablemente jacobina, » combinando con sagaz y chistoso artificio ciertas alianzas de nombres, á fin de obtener, por ejemplo, frases como esta: *Damas. Sabran. Gouvion Saint-Gyr* ⁴. Todo con el mayor donaire y la más cándida alegría.

En aquel círculo, se parodiaba la revolucion. Tenían ciertos caprichos por excitar las mismas iras en sentido inverso. Así, solían también cantar su *Ça ira*:

- ¹ Desolles.
- ² De Serre.
- ³ De Cazes.
- ⁴ Damas acuchillando á Gouvion-Saint-Cyr.

- ¡ Ah! esto irá! esto marchará!
- ¡ Irán los buonapartistas á la linterna!

Semejante á la guillotina, las canciones cortan indiferentemente, hoy esta cabeza, mañana aquella. No son más que una variante.

En el proceso de Fualdès, que es de aquella época, 1816, se tomaba partido á favor de Bastide y de Jausion, porque Fualdès era « buonapartista. » Á los liberales se los calificaba con el apodo de *los hermanos y amigos*, que era entre aquellas gentes el último grado de injuria que creían ellas lanzar contra sus enemigos.

Como algunos campanarios de Iglesia, el salon de la señora baronesa de T. tenía dos gallos. El uno era el señor Gillenormand, y el otro el conde de Lamothe-Valois, de quien decían unos á otros al oído, con cierta especie de respeto y consideracion: ¿ *No sabé usted? es el Lamothe de la cuestion del collar*, Los partidos suelen tener de estas singulares amnistias.

Añadiremos que, entre la clase média (*la bourgeoisie*), las situaciones honorables se rebajan por medio de ciertas relaciones demasiado fáciles; es preciso tener mucho cuidado y ver á quién se admite; así como hay pérdida de calorico en la aproximacion de los que tienen frio, tambien hay pérdida de consideracion en acercarse á las gentes menospreciadas. La alta sociedad antigua se mantenía fuera de esta ley como de todas las demas. Marigny, hermano de la Pompadour, tiene sus entradas en casa del señor príncipe de Soubise. ¿ Á pesar de esa circunstancia? No, por esa misma circunstancia. Du Barry, padrino de la Vaubernier, muy bien recibido en casa del señor mariscal de Richelieu. Esa sociedad es el Olimpo. Mercurio y el príncipe de Guemée se hallan allí en su propia casa. Un ladrón es admitido, con tal que él sea dios.

El conde de Lamothe, que en 1815 era un anciano de setenta y cinco años, nada ofrecía de particular sino su aspecto taciturno y sentencioso, su rostro anguloso y frio, sus modales exquisitamente finos, su frac abotonado hasta la corbata y sus largas piernas siempre cruzadas en un pantalon ancho y holgado, color de tierra de Sienne quemada. Su cara era del mismo color del pantalon.

Este señor de Lamothe era muy « contado » y señalado en aquel salon, á causa de su « celebridad, » y, cosa extraña, pero exacta, á causa de su nombre de Valois.

Por lo que hace al señor Gillenormand, su consideracion era absolutamente de buena ley. En aquel círculo hacía él autoridad. Con ser de un carácter tan ligero, tan frívolo, al parecer, y sin que él sacrificase nunca su natural jovialidad, tenía cierta manera de ser, imponente, digna, honorable, franca y plebeyamente altiva, que venía á realzar aún su avanzada edad. Nadie cuenta un siglo impunemente. Los años concluyen al fin por formar en derredor de la cabeza una venerable calvicie.

Ademas, tenía él de esos dichos que son realmente la chispa del donaire propio de la vieja usanza. Así cuando el rey de Prusia, despues de haber restaurado á Luis XVIII, vino á hacerle una visita de incógnito, bajo el nombre de conde de Ruppín, fué recibido por el descendiente de Luis XIV poco más ó ménos como al marqués de Brandeburgo, con la más delicada impertinencia. El señor Gillenormand aprobó la recepcion, y dijo: — *Todos los reyes que no son el rey de Francia son verdaderos reyes de provincia*. Un día hicieron en su presencia esta pregunta y esta respuesta: — ¿ Á qué ha sido por fin condenado el redactor del *Correo frances*? — Á ser suspendido. — El sus está demas, añadió el señor Gillenormand ¹. Dichos de esta especie crean una reputacion.

¹ Suspendido es *suspendu*; y *pendu* ahorcado.

Asistiendo á un *Te Deum*, aniversario de la vuelta de los Borbones, como viese pasar al señor de Talleyrand, dijo : *Allá va Su Excelencia el Mal.*

Ordinariamente concurría allí el señor Gillenormand acompañado de su hija, aquella larga y acartonado doncellita que á la sazón pasaba ya de los cuarenta, pero que parecía más bien tener muy cumplidos los cincuenta años, y de un hermoso niño de siete años, blanco, rosado, fresco, de ojos risueños y cofiados, el cual no aparecía jamás en aquel salón sin que oyese él todas las voces zumbarle en derredor profiriendo estas ó semejantes palabras : ¡ Qué lindo es ! qué lástima ! pobre niño ! Este niño es el mismo del cual hemos dicho algunas palabras hace poco. Llamábanle — pobre niño — porque tenía por padre á « un insurgente del Loira. »

Este insurgente del Loira, este *brigand*, no era otro que el yerno del señor Gillenormand, de quien hemos hecho ya mención, y á quien el señor Gillenormand apellidaba *la verquenza de su familia.*



II

UNO DE LOS ESPECTROS ROJOS DE AQUEL TIEMPO

Cualquiera que hubiese pasado en aquella época por la pequeña villa de Vernon y se hubiese paseado sobre aquel hermoso puente monumental al cual es de esperar que reemplazará dentro de poco alguno de esos horribles puentes de alambre, habría podido observar, dejando caer sus miradas desde lo alto del parapeto, á un hombre como de cincuenta años, que llevaba puesta una gorra de cuero, vestido con un pantalon y una chaqueta de paño gris burdo, á la cual se hallaba cosida cierta cosa amarillenta, que había sido una cinta encarnada, calzado con unos zuecos, tostado por el sol, el rostro casi negro y la cabeza casi blanca, con una enorme cicatriz en la frente, que se extendía hasta la mejilla, encorvado, giboso, avejentado ántes de tiempo, paseando casi todos los días, con una azada y una podadera en la mano, por uno de aquellos compartimientos cerca-

dos de tapias que están inmediatos al puente y que orlan como una serie de terrados la orilla izquierda del Sena, bonitos corrales llenos de flores de los cuales se diría, si fueran mucho mayores: Son jardines, y si fueran algo más pequeños: Son ramilletes. Todas aquellas cercas terminan por un extremo en el río y por el otro en una casa. El hombre de chaqueta y zuecos de quien acabamos de hablar habitaba en 1817 el más reducido de aquellos cercados y la más humilde de aquellas casas. Vivía allí aislado y solitario, silenciosa y pobremente, con una mujer que ni era joven ni vieja, ni bonita ni fea, ni ordinaria ni fina, la cual le servía. El cuadrado de tierra que él llamaba su jardín se había hecho célebre en la villa por la hermosura de las flores que allí cultivaba. Las flores constituían para él toda su ocupación.

Á fuerza de trabajo, de perseverancia, de atención, y de cubos de agua, había logrado crear, despues del Creador supremo, y había inventado ciertos tulipanes y ciertas dalias que parecían haber sido olvidadas por la naturaleza. Era un hombre ingenioso, que se había anticipado á Soulange Bodin en la formación de los espesillos de tierra de brezos para el cultivo de los raros y preciosos arbustos de América y de la China. En el verano, desde el amanecer, se hallaba él ya en su cercado, picando, tallando, escardando, regando, marchando por en medio de sus flores con un aspecto de bondad, de tristeza y de dulzura, á veces caviloso é inmóvil horas enteras, soñando en sus delirios, escuchando el canto de un pájaro que posaba en uno de sus árboles, el gorjeo de un niño que se hacía oír de una casa inmediata, ó bien con los ojos fijos en la punta de una hebra de yerba donde reposaba la perla de rocío en la cual descomponía el sol uno de sus rayos en los variados y bellos colores del prisma. Tenía una mesa bastante parca y frugal, y bebía más leche que vino. Un niño le hacía do-

blegar y ceder, su criada le regañaba. Era tímido hasta parecer hurano, salía muy rara vez y no veía á nadie más que á los pobres que llamaban á su puerta, y á su párroco, el abate Mabeuf, que era un anciano venerable. No obstante, si algunos vecinos de la villa, ó algun forastero, cualquiera que pasase, atraídos por la curiosidad de ver sus lindos tulipanes y sus rosas, venían á llamar á la puerta de su casita, abría con el mayor gusto y sonriendo. Este era el *brigand*, el « insurgente del Loira. »

El que, en aquella misma época, hubiera leído las memorias militares, las biografías, el *Monitor* y los boletines de campaña del grande ejército, habría podido notar en seguida un nombre que se repite en estos impresos con mucha frecuencia, el nombre de Jorge Pontmercy. Siendo muy joven aún, este Jorge Pontmercy era soldado en el regimiento de Saintonge. Al estallar la revolución, el regimiento de Saintonge formó parte del ejército del Rhin. Pues los antiguos regimientos de la monarquía conservaron sus nombres de las provincias, aún despues de derrocada la monarquía, no habiendo adquirido la nueva organización y nomenclatura hasta el año 1794. Pontmercy se batió en Spire, en Worms, en Neustadt, en Turckheim, en Alzey y en Maguncia, donde fué uno de los doscientos que formaban la retaguardia de Houchard. Él fué el duodécimo que se sostuvo contra el cuerpo del príncipe de Hesse, detras del viejo bastion de Andernach, y no se replegó sobre el grueso del ejército sino cuando el cañon enemigo hubo abierto la brecha desde el cordon del parapeto hasta la escarpa de descenso. Hallábase bajo las órdenes de Kléber en Marchiennes, y en el combate del Mont-Palissel, donde tuvo un brazo roto de una vizcaina. Despues pasó á la frontera de Italia, y fué uno de los treinta granaderos que defendieron la garganta de Tente con Joubert. Joubert fué nombrado, por este hecho de armas, ayu-

dante-general, y Pontmercy subteniente. Pontmercy se hallaba al lado de Berthier, en medio de una lluvia de metralla, en aquella jornada de Lodi que hizo decir á Bonaparte: *Berthier ha sido artillero, jinete y granadero.* Vió caer á su antiguo general Joubert en Novi, en el momento en que, sable en mano, iba gritando: ¡ Adelante! Habiéndose embarcado con su compañía, para las necesidades del servicio, en una canoa armada que iba desde Génova á no sé qué puertecito de la costa, cayó en una red de siete ú ocho velas inglesas. El capitán genoves quería arrojar los cañones al mar, ocultar á los soldados en el entrepuente, y deslizarse en la sombra como buque mercante. Pero Pontmercy hizo ostentar la bandera tricolor en la driza del mástil de pabellón, y pasó arrogantemente bajo el cañoneo de las fragatas británicas. Unas veinte leguas más allá, creciendo su audacia, atacó con su débil canoa y capturó un grande transporte inglés que conducía tropas á la Sicilia, tan cargado de hombres y de caballos, que el buque iba abarrotado hasta las cuerdas. En 1805, pertenecía él á aquella division Malher que arrebató, en Günzburg al archiduque Fernando. En Wettingen, recibió en sus brazos, bajo una granizada de balas, al coronel Maupetit herido mortalmente á la cabeza del 9.º de dragones. Distinguióse en Austerlitz en aquella admirable marcha por escalones operada bajo los fuegos del enemigo. Cuando la caballería de la guardia imperial rusa destruyó un batallón del 4.º de línea, Pontmercy fué de los que tomaron el despique y derrotaron á aquella guardia. El emperador entónces le confirió la cruz. Pontmercy vió sucesivamente caer prisioneros á Wurmser en Mantua, á Mélas en Alejandria, á Mack en Ulm. Formó parte del octavo cuerpo del grande ejército que mandaba Mortier y que se apoderó de Hamburgo. Despues pasó al 55.º de línea, que era el antiguo regimiento de Flándes. En Eylau, se halló

en el cementerio donde el heroico capitán Louis Hugotio del autor de este libro, sostuvo sólo con su compañía de ochenta y tres hombres, durante dos horas, todo el esfuerzo del ejército enemigo. Pontmercy fué uno de los tres que salieron vivos de aquel cementerio. Tambien se encontró en Friedland. Despues vió á Moscou, despues el Beresina, y despues á Lutzen, á Bautzen, á Dresde, á Wachau, á Leipsick y los desfiladeros de Gelenhausen; más adelante vió á Montmirail, á Château-Thierry, á Craon, las orillas del Marne, las riberas del Aisne y la formidable posición de Laon. En Arnay-le-Duc, siendo capitán, acuchilló á diez cosacos y salvó, no á su general, sino á su cabo furriel. En esta ocasion fué él acuchillado horriblemente, habiéndosele extraído despues nada ménos que veintisiete astillas ó esquirlas sólo del brazo izquierdo. Ocho días ántes de la capitulación de París, acababa de permutar con un camarada y de entrar en la caballería. Poseía lo que se llamaba en el antiguo régimen *la doble-mano*, es decir, una aptitud igual para manejar, como soldado, el sable ó el fusil, como oficial un escuadrón ó un batallón. De esta aptitud, perfeccionada por la educación militar, es de donde han nacido ciertas armas especiales, por ejemplo los dragones, que son á la vez jinetes é infantes. Acompañó á Napoleon á la isla de Elba. En Waterloo era jefe de escuadrón de coraceros en la brigada Dubois. Él fué quien se apoderó de la bandera del batallón de Lunenburg, y vino á depositarla á los piés del emperador. Estaba cubierto de sangre. Al tomar la bandera, habia recibido un sablazo en la cara. El emperador, contento de tal acción, le gritó: *Eres colonel, eres barón, eres oficial de la Legion de honor!* Pontmercy respondió: *Sire, doy gracias á Vuestra Majestad por mi viuda.* Una hora despues, caía en el barranco de Ohain. Ahora bien, ¿quién era aquel Jorge Pontmercy? Era este mismo insurgente del Loira.

Ya hemos visto algo de su historia. Después de Waterloo, Pontmercy, sacado, como recordará sin duda el lector, del camino hondo de Ohain, había logrado volverse á reunirse con el ejército, y había ido arrastrándose de uno en otro hospital de sangre, hasta los acantonamientos del Loira.

La restauración le puso á media paga, y después le envió en residencia, es decir, bajo vigilancia, á Vernon. El rey Louis XVIII, considerando como no avenido todo cuanto se había hecho en los Cien Días, no le había reconocido ni su distinción de oficial de la Legión de honor, ni su grado de coronel, ni su título de barón. Él por su parte no perdía ninguna ocasión de firmarse *el coronel barón de Pontmercy*. No tenía sino una casaca azul, vieja, y jamás salía de casa sin poner en ella su roseta de oficial de la Legión de honor. El procurador del rey le hizo prevenir que el tribunal le perseguiría por uso « ilegal » de aquella condecoración. Cuando le comunicaron este aviso por conducto de un intermediario officioso, Pontmercy respondió con amarga sonrisa: No sé si soy yo quien ya no comprendo el francés, ó si es usted quien no le habla, pero el hecho es que nada entiendo de lo que usted me dice. — Y después salió ocho días seguidos con su roseta. Nadie se atrevió á incomodarle. Dos ó tres veces le escribieron el ministro de la guerra y el comandante general del departamento, poniéndole así el sobrescrito: *Al señor comandante Pontmercy*; y él les devolvió las cartas sin abrirlas. En aquel mismo momento, Napoleón trataba en Santa Elena de la misma manera las misivas de sir Hudson Lowe dirigidas *al general Bonaparte*. Pontmercy había concluido, y perdónese en la frase, por tener en su boca la misma saliva que su emperador.

Así hubo también en Roma soldados cartagineses prisioneros que se negaban á saludar á Flamino, y que mostraban tener algo del alma de Aníbal.

Una mañana, se encontró con el procurador del rey en una calle de Vernon, se dirigió á él y le dijo: — ¿Señor procurador del rey, me es permitido llevar mi chirlo?

No poseía otra cosa que su mezuquina media paga de jefe de escuadrón, y había alquilado en Vernon la casa más pequeña que le fué posible encontrar, donde vivía solo, de la manera que acabamos de ver. En la época del imperio, durante el intervalo que le dejaron dos guerras, había hallado tiempo para casarse con la señorita Gillenormand. El viejo *bourgeois*, indignado en el fondo, había consentido en ello suspirando y diciendo: *Las más grandes familias se ven obligadas á hacer otro tanto.*

En 1815, madama Pontmercy, quien por lo demás era una mujer admirable bajo todos conceptos, de nobles y elevados sentimientos, de un carácter bellísimo y nada común, digna en fin de su marido, había muerto, dejando un niño. Este niño habría sido la alegría del coronel en su soledad; pero el abuelo había reclamado imperiosamente su nieto, declarando que, si no se le daba, le desheredaría. El padre había cedido, en el interés del niño, y no pudiendo tener á su hijo, se había consagrado á amar á las flores.

Por lo demás, él había renunciado á todo, ni se movía, ni conspiraba. Dividía su pensamiento entre las cosas inocentes que hacía y las cosas grandes que había hecho; y pasaba su tiempo esperando un clavel ó acordándose de Austerlitz.

Ninguna relación tenía el señor Gillenormand con su yerno. El coronel era para él « un bandido, » y él era para el coronel « un majadero. » El señor Gillenormand no hablaba apenas nunca del coronel, sino alguna que otra vez para lanzar ciertas alusiones burlescas á « su baronía. » Era una cosa expresamente convenida que Pontmercy no trataría jamás de ver á su hijo ni de hablarle, so pena de que le fuese devuelto, despedido para siempre y deshere-

dado Para los Gillenormand, Pontmercy era como unapestado. Ellos trataban de sustraerle enteramente y arrebatarle el niño á su manera. Tal vez el coronel hizo mal en aceptar semejentes condiciones, pero las sufrió, creyendo que obraba bien, y que sólo él era el sacrificado.

La herencia del abuelo Gillenormand era poca cosa, pero la herencia de la señorita Gillenormand la mayor era considerable. Esta tía del niño, que habia quedado soltera, era muy rica por parte de su madre, y el hijo de su hermana era su heredero natural. El niño, que se llamaba Marius, sólo sabia que tenia un padre, y nada más. Nadie le hablaba nunca de él. Sin embargo, entre las gentes á cuyas reuniones le llevaba su abuelo, los cuchicheos, las medias palabras, las guiñadas y otras señas, habian acabado á la larga por penetrar en el espíritu de aquella criatura, y llamar su atencion, llegando á comprender alguna cosa; y como naturalmente tomaba él, por una especie de infiltracion y de penetracion lenta, las ideas y las opiniones que eran, por decirlo así, su aire respirable, llegó poca á poco hasta á no pensar en su padre sino con vergüenza y oprimido el corazon.

Miéntas que así iba el niño creciendo y formándose, cada dos ó tres meses se escapaba el coronel, venia furtivamente á París, como un presidiario cumplido que rompe el mandato de residencia, é iba á apostarse en San Sulpicio, á la hora en que su tía Gillenormand llevaba á Marius á misa. Allí, temblando de que la cuñada se volviese, oculto detras de una columna, inmóvil, sin atreverse á respirar, se extasiaba él mirando á su hijo. Aquel guerrero acuchillado tenia miedo de aquella vieja solterona.

De esto mismo procedia su relacion con el cura de Vernon, el señor abate Mabeuf.

Este digno sacerdote era hermano de un pertiguero de la parroquia de San Sulpicio, el cual habia notado mu-

chas veces á aquel hombre contemplando á su hijo, y tambien habia reparado en la cicatriz que tenia en una mejilla y en las lágrimas que caian de sus ojos. Aquel sugeto, que tenia tan buen aspecto de hombre, y que sin embargo lloraba como una mujer, habia chocado al pertiguero. Su fisonomía le habia impresionado y la tenia como grabada en su espíritu. Un dia que fué él á Vernon á ver á su hermano, encontró en el puente al coronel Pontmercy, en quien reconoció al hombre de San Sulpicio. El pertiguero habló de él al cura, y valiéndose de un pretexto cualquiera, fueron ambos juntos á hacer una visita al coronel. Esta visita dió margen á otras varias. El coronel, muy cerrado al principio, acabó al fin por abrirse, y el cura y el pertiguero llegaron á saber toda la historia, y cómo Pontmercy sacrificaba su propia dicha al porvenir de su hijo. Esto hizo que el cura adquiriese para con él cierta veneracion y ternura, y á su vez el coronel tomó al cura cierta afeccion. Por lo demas, cuando por una feliz coincidencia son ambos sinceros y buenos, nadie se comprende, se penetra y se amalgama más fácilmente que un anciano sacerdote y un soldado veterano. En el fondo son un mismo hombre. El uno se sacrifica por la patria de la tierra, y el otro por la patria del cielo; no hay más diferencia.

Dos veces al año, el 1.º de Enero y el dia de San Jorge, escribia Marius á su padre, cartas de deber que le dictaba su tía, y que parecian estar copiadas de algun formulario epistolar; era todo cuanto permitia la tolerancia del señor Gillenormand; y el padre contestaba siempre en cartas muy tiernas, que el abuelo se metia en el bolsillo sin leerlas jamas.

bres bíblicos se mezclaban en la mente del niño con las ideas que él adquiría en la lectura del Antiguo Testamento, que estudiaba y aprendía de memoria, y cuando se hallaban allí todas reunidas y sentadas en círculo al rededor de una lumbrera medio apagada, y alumbradas apenas por una lámpara cubierta con su pantalla verde, al verlas con sus perfiles severos, sus cabezas blancas ó grises, sus largos vestidos de otros tiempos, en los que no se distinguían sino los colores lúgubres, dejando caer, á raros intervalos, escasas y breves palabras, á la vez majestuosas y severas, el niño Marius las consideraba con los ojos azorados y despavoridos, creyendo ver, no á unas mujeres, sino á unos patriarcas y magos, no á unos seres reales, sino á unos fantasmás.

Á estos fantasmás se agregaban varios eclesiásticos, contertulios de aquel antiguo salón, y algunos individuos de la aristocracia; el marqués de San****, secretario de órdenes de madama de Berry, el vizconde de Val***, que publicaba, bajo el seudónimo de *Cárlos-Antonio*, unas odas monorrimas, el príncipe de Bauf*****, quien, bastante jóven aún, tenía una cabellera que pardeaba ya y una mujer linda y graciosa, cuyos trajes de terciopelo carmesi con cordoncillo de oro, muy escotados, escandalizaban á aquellas tinieblas, el marqués de C***** de E*****, el hombre que sabía mejor en toda la Francia « la urbanidad proporcionada, » el conde de Am*****, buen sugeto de aspecto benévolo, y el caballero de Port-de-Guy, columna de la biblioteca del Louvre, llamada el gabinete del rey. El señor de Port-de-Guy, calvo, y más aviejado que viejo, refería que, en 1793, teniendo él diez y seis años, le enviaron á presidio por desertor, amarrándole á la cadena con un octogenario, el obispo de Mirepoix, refractario ó desertor también, pero como sacerdote, mientras que él lo era como soldado. Estaban en Tolon. Sus funciones consistían en ir por las noches á recoger sobre el cadalso las cabezas

III

REQUIESCANT

El salón de la señora de T. era todo cuanto conocía Marius del mundo, la única abertura por la cual pudiese él mirar la escena de la vida. Aquella abertura era sombría, recibiendo él por semejante lumbrera más frío que calor, más oscuridad que claridad. El niño, que no era más que alegría y luz al entrar en aquella sociedad extraña, se volvió al poco tiempo triste, y, lo que es aún más contrario á su edad, grave. Rodeado de todas aquellas personas imponentes y singulares, miraba en torno suyo con una extrañeza y una admiración acompañadas de fría seriedad. Todo contribuía á aumentar en él este asombro y estupor. En el salón de la señora de T. había ciertas damas nobles ancianas, y muy venerables, que se llamaban Mathan, Noé, Levis, cuyo nombre pronunciaban Levi, Cambis, que solían pronunciar Cambyzes. Aquellos antiguos semblantes y aquellos nom-

y los cuerpos de los guillotizados durante el día; conduciendo á la espalda aquellos restos humanos, chorreando, en términos, que sus sayos rojos de galeotes tenían, formada tras de la nuca una capa ó corteza de sangre, seca por la mañana, húmeda por la noche. Estas narraciones trágicas abundaban en el salón de la señora de T.; y á fuerza de maldecir allí á Marat, se aplaudía á Trestaillon. Algunos diputados del género *introuvable* hacían allí su whist. tales como el señor Thibord du Chalard, el señor Lemarchant de Gomicourt, y el célebre burlon de la derecha del señor Cornet-Dincourt. El bailio de la Ferrette, con su calzoncorto y sus piernas delgadas, atravesaba á veces aquel salón, al ir á casa del señor de Talleyrand. Había sido camarada de placeres del señor conde de Artois, y, á la inversa de Aristóteles acurrucado sobre Campaspe, había él hecho andar en cuatro patas á la Guimard, mostrando de este modo á los siglos un filósofo vengado por un bailio.

Por lo que hace á los eclesiásticos, eran el abate Halma, el mismo á quien el señor Larose, su colaborador en la *Foudre*, decía: *Vaya! ¿quién es el que no tiene cincuenta años? ¿algunos boquirubios tal vez?* el abate Letourneur, predicador del rey; el abate Frayssinous, cuando no era todavía conde, ni obispo, ni ministro, ni par, y llevaba una sotana vieja á la cual faltaban varios botones; y el abate Keravenant, cura de San German de los Prados; más el nuncio del papa, que lo era entonces monsignor Macchi, arzobispo de Nisibi, después cardenal, bastante notable por su larga y mediatibunda nariz, y otro monsignor que se intitulaba el *abbate Palmieri*, prelado doméstico, uno de los siete protonotarios participantes de la santa sede, canónigo de la insigne basílica liberiana, abogado de los santos, *postulatore di santi*, lo cual se refiere á los asuntos de canonización y significa como una especie de magistrado encargado de presentar las instancias de las partes ante el

consejo supremo, en la sección del paraíso. Por último, dos cardenales, el señor de la Luzerne y el señor de Cl*****-T*****. El señor cardenal de la Luzerne era un escritor, y estaba destinado á tener, algunos años después, el honor de firmar en el *Conservador* varios artículos en compañía de Chateaubriand; el señor de Cl*****-T***** era arzobispo de Tol****, y solía venir con frecuencia á veranear á París, donde residía en casa de su sobrino el marqués de T*****, que fué ministro de la marina y de la guerra. El cardenal de Cl*****-T***** era un viejecito alegre que iba enseñando sus medias encarnadas por bajo de su sotana arremangada; su especialidad consistía en aborrecer la Enciclopedia y en jugar desatinadamente al billar, y las personas que, en aquella época, pasaban en las noches de verano por la calle de M****, donde se hallaba entonces el hôtel de Cl*****-T*****, se detenían á oír el choque de las billas, y la voz chillona del cardenal gritando á su conclavista, monseñor Cottret, obispo *in partibus* de Carysta: *Marca, abad, he hecho carambola*. El cardenal de Cl*****-T***** había sido llevado á casa de la señora de T. por su más íntimo amigo, el señor de Roquelaure, antiguo obispo de Senlis y uno de los cuarenta. El señor de Roquelaure era considerado por su elevada estatura y por su asiduidad á la Academia; á través de las vidrieras de la sala inmediata á la biblioteca donde la Academia francesa celebraba entonces sus sesiones, los curiosos podían contemplar todos los jueves al antiguo obispo de Senlis, ordinariamente de pie, con la caballera recién empolvada, y con sus medias moradas, vuelto de espaldas á la puerta, lo que hacía él expresamente con el objeto de hacer más visibles su persona y su alzacuello. Todos estos eclesiásticos, si bien la mayor parte de ellos eran hombres de corte, tanto ó más que hombres de iglesia, contribuían á aumentar la gravedad del salón de T., cuyo aspecto señorial acentuaban cinco

pares de Francia, el marqués de Vib. —, el marqués de Tal. —, el marqués de Herb. —, el vizconde Damb. —, y el duque de Val. —. Este duque de Val. —, aunque príncipe de Mon. —, es decir, príncipe soberano extranjero, tenía tan alta idea de la Francia y de la dignidad de par, que todo lo veía al través de estas cosas. Él era quien decía: *Los cardenales son los pares de Francia de Roma; los lores son los pares de Francia de Inglaterra.* Por lo demás, pues es preciso que en este siglo la revolución se halle en todas partes, aquel salón feudal estaba, como hemos dicho ya, dominado por un hombre de la clase media, un pechero, un bourgeois. El señor Gillenormand reinaba allí.

Aquella era la crema y la quinta esencia de la sociedad blanca parisiense. Allí hacían sufrir cuarentena á las más grandes reputaciones, aún realistas. Siempre hay algo de anarquía en las reputaciones; al entrar en aquel salón, Chateaubriand habría producido el efecto del Père Duchêne. Algunos reconciliados penetraban sin embargo, por tolerancia, en aquel círculo ortodoxo. El conde Beug*** era recibido, á título de corrección.

Los salones nobles de ahora no se parecen nada aquellos salones de entonces. El arrabal San German de nuestros tiempos huele á fardos. Los realistas de hoy, digámoslo en su elogio, son verdaderos demagogos.

Como la sociedad que se reunía en casa de la señora de T. era de lo más selecto, el gusto allí era exquisito y allivo, bajo una grande flor de urbanidad. Los hábitos permitían toda especie de refinamientos involuntarios que eran el mismo régimen antiguo, enterrado, pero vivo. Algunos de estos hábitos, sobre todo en el lenguaje, parecían bastante singulares. Los conocedores superficiales habrían tomado por provincialismos lo que no era sino arcaísmos. Á la mujer de un general, la llamaban *la señora*

general. La señora coronela no era tampoco del todo inusitado. La linda madama de Léon, en memoria sin duda de las duquesas de Longueville y de Chevreuse, prefería esta apelación á su título de princesa. La marquesa de Créquy también se había llamado *la señora coronela.*

Este pequeño círculo de alta sociedad fué el que inventó en las Tullerías el refinamiento de decir siempre al rey, cuando le hablaban en la intimidad, *el rey*, en la tercera persona, y nunca *vuestra majestad*, porque este tratamiento de *vuestra majestad* había sido « mancillado por el usurpador. »

Allí juzgaban los hechos y á los hombres. Se mofaban del siglo, lo que dispensaba de comprenderle; y unos á otros se ayudaban y fortalecían en el asombro de las cosas que, sin comprenderlas, contemplaban. Comunicábanse la suma de claridad que cada cual poseía. Mathusalem enseñaba á Epiménides. El sordo ponía al ciego al corriente. Declaraban como nulo y no avenido el tiempo transcurrido desde Coblentza. Lo mismo que Luis XVIII se hallaba, por la gracia de Dios, en el año vigésimo quinto de su reinado, así los emigrados se encontraban también, por derecho propio, en el año vigésimo quinto de su adolescencia. —

Todo allí se armonizaba; todo parecía vivir demasiado; la palabra era apenas un soplo: el periódico, en armonía también con el salón, parecía un papyrus. Había jóvenes, pero aquellos jóvenes estaban casi muertos. Las libreas que se dejaban ver en la antesala, eran también libreas aviejadas. Aquellos personajes, completamente de los tiempos pasados, eran servidos por criados de la misma estofa. Todo aquello presentaba trazas de haber vivido hacía ya mucho tiempo, y de obstinarse contra el sepulcro. Conservar, conservación, conservador, tal era, con corta diferencia, todo el diccionario usual de aquellas gentes: *estar en buen olor*, era allí la cuestión capital. Había, en efecto, aromas en las

opiniones de aquellos grupos venerables, y su ideas oían á almizcle. Aquella era una sociedad momia. Los amos estaban embalsamados, y los sirvientes disecados.

Una digna vieja, marquesa emigrada y arruinada, á la cual no habia quedado ya sino una sola sirvienta, continuaba sin embargo diciendo : *Mis criados* .

¿Qué es lo que hacian en el salon de la señora de T. ? Allí eran ultras.

Ser ultra ; bien que lo que representa esta palabra no haya desaparecido aún tal vez, ya ella hoy no tiene sentido. Expliquémosla, pues.

Ser ultra, es ir más allá. Es atacar al cetro en nombre del trono, y á la mitra en nombre del altar ; es maltratar la cosa que se lleva arrastrando ; es precipitarse contra los caballos del tiro ; es reprender á la hoguera sobre el grado de abrasamiento de los herejes ; es reprochar al idolo su poca idolatría ; es insultar por exceso de respeto ; es hallar que el papa no es bastante papista, ni el rey bastante realista, y demasiada luz en la noche ; es mostrarse descontento del alabastro, de la nieve, del cisne y de la azucena en nombre de la blancura ; es ser partidario de las cosas hasta el extremo de convertirse en enemigo ; es estar tan en pro, que se está en contra.

El espíritu ultra caracteriza especialmente la primera fase de la restauracion.

Nada ofrece la historia semejante á aquel cuarto de hora que comienza en 1814 y termina en 1820, al advenimiento del señor de Villele, el hombre práctico de la derecha. Aquellos seis años fueron un momento extraordinario, ruidoso y triste á la vez, risueño y sombrío, alumbrado como por un rayo del alba y al mismo tiempo envuelto todo él en las tinieblas de las grandes catástrofes que aún llenaban el horizonte y se iban sumergiendo y penetrando lentamente en el tiempo pasado. En aquella luz y en aquella

sombra hubo todo un mundo en pequeño, nuevo y viejo, bufon y triste, juvenil y senil, estregándose los ojos, pues nada se asemeja tanto como la vuelta al acto de despertar ; grupo que miraba á la Francia con cierto mal humor, y al cual la Francia miraba con ironía ; pobres buhos vajancones, marqueses inflados de vanidad, los vueltos y los aparecidos, « antiguos » estupefactos de todo, valerosos y nobles caballeros que sonreian de verse ya en Francia, pero que tambien lloraban, contentos de volver á ver su patria, desesperados de no volver á encontrar su antigua y querida monarquía ; la nobleza de los cruzados desdeñando y aún menospreciando á la nobleza del imperio, es decir, á la nobleza de la espada ; razas históricas que habian perdido el sentido de la historia ; los hijos de los camaradas de Carlomagno despreciando á los camaradas de Napoleon. Las espadas, como acabamos de decirlo, se cruzaban los insultos ; la espada de Fontenoy era ya risible y estaba cubierta de rosin ; la espada de Marengo aparecia odiosa y no era más que un sable. Anteayer desconocia á Ayer. Ya nadie tenia allí el sentimiento de lo que era grande, ni el sentimiento de lo que era ridículo. Hubo quien llamase á Bonaparte Scapin. Aquella sociedad ya no existe. Ningun vestigio queda ya hoy de aquellos restos moralmente dispersos de las pasadas generaciones, reunidos y agrupados materialmente en un salon de circunstancias, tipo y órgano colectivo á la vez de aquella época. Cuando por casualidad sacamos de allí alguna figura y tratamos de hacerla revivir por medio del pensamiento, parécenos tan extraña como un tipo de las generaciones antediluvianas. Y es que, en efecto, tambien ella ha sido devorada por un diluvio. Ha desaparecido y sumergídose bajo dos revoluciones. ¡Qué torrente el de las ideas ! ¡Cuán rápidamente cubre él todo cuanto tiene mision de destruir y de sepultar, y cuán pronto, con su acción erosiva